

Un lugar azul

*Leticia Flores Flores**

No sé por qué en algunas expresiones lenguajeras, el azul está asociado con la tristeza. En realidad creo que el gris encaja mejor.

Cuando de niña venía a la Ciudad de México, no veía el azul por ninguna parte, y eso me hacía pensar que esta ciudad detrás de tanto ajetreo tenía una gran tristeza. Quizá la tristeza la traía yo cuando mis padres me enviaban a visitar a una tía lejana, cuyo parentesco nunca me quedó claro. Ella siempre vestía de colores oscuros, parecía cargar cien años encima y toda ella me hundía en el gris. Su casa, la zona donde vivía, el paisaje que mostraban sus ventanas... todo era gris. No recuerdo haber visto el color de las jacarandas en aquellos años, ni el blanco de los volcanes, ni el verde en paisaje alguno. El gris de aquellas visitas se conserva en mi memoria disociado de los colores que muchos años después la ciudad me mostró, cuando, por razones que todavía no entiendo, me abrió sus puertas para hacer en ella mi hogar. Quizá por eso he sido una especie de gitana urbana, viviendo aquí y allá, buscando aire, buscando el verde, y cualquier color que no sea el gris. Cuando echo raíces y estas empiezan a envejecer y desnudan su color, decido mejor partir. No ha sido fácil, todo con tal de respirar.

De mis viajes infantiles a la ciudad, no puedo olvidar un hotel, enclavado en medio del concreto gris de la ciudad, bajito, de color azul, que permitía la entrada a sus huéspedes de una forma inusual, pues, sin tener que descender de su auto, accedían directamente a una habitación. Ese hotel estaba a unos pasos de la casa de mi tía,

* Co-coordinadora del proyecto de investigación "Salud mental y subjetividad y salud mental en México: análisis y perspectivas". Profesora de la licenciatura en Psicología en la UAM-Xochimilco, adscrita al Departamento de Educación y Comunicación. Correo electrónico: [lfloresf@gmail.com].

podía verlo desde la ventana de una de las recámaras y con el afán de buscar un poco de color en esa grisácea ciudad de mi infancia me sentaba cerca y miraba tras la ventana aquellos autos que entraban y salían, incluso dos o tres, de las habitaciones de ese extraño hotel azul. Mi tía me reprendía cuando se daba cuenta que estaba demasiado tiempo ahí. A pesar de la dulzura que mostraba siempre conmigo, le disgustaba mi interés por el paisaje que mostraba esa ventana. Yo le preguntaba para qué llegaban a ese lugar personas, que por lo general solían ir en parejas, de sexo indistinto, por solo unas horas. ¿Un hotel no era para dormir?, y que no tuviera ni jardines, ni fuentes, ni alberca, ¿qué interés podía despertar en los visitantes?

En alguna ocasión vi que llegaba una mujer sola, cosa que ya resultaba extraña, pero, además, contrario a lo que era habitual en ese lugar, permaneció varios días ahí sin salir. Su auto estacionado frente a la puerta, era el signo indudable de su presencia. Me causó tal desconcierto que en esa ocasión le conté a mi tía lo que estaba sucediendo. Por fin había visto una persona que usaba ese hotel como “Dios manda”, pero parecía una turista poco interesada en conocer la ciudad, porque nunca salía de ahí. Yo la entendía perfectamente. ¿Para qué salir a ver el gris de los muros y el asfalto? Pero mi tía se alarmó. La noté desconcertada. Yo entendía cada vez menos. Eso despertó mayor interés en ella y junto a mí pasábamos horas mirando el misterio del auto y su dueña. Todo seguía igual. El auto y un enigma detrás de la puerta junto a él. Ambas sumergidas en preguntas. Quizá distintas. Extrañadas que una mujer se hospedara así, ahí.

Mi tía resultó más curiosa que yo. Como adulta muy adulta que era, señora muy respetable, decidió acudir al hotel y preguntar. La traté de disuadir. Aunque yo era pequeña, tenía pudor. Le dije que era natural y sensato que nadie quisiera salir en esta ciudad tan gris, que mejor lo dejara así. Ella me abrazó. Parecía compadecerse de mí. Pero eso no bastó para que tomara la decisión de acudir al hotel. La noté preocupada, como si intuyera una catástrofe, algo grave, y ella era la única que podía evitarla.

Por supuesto, no me dejó acompañarla, pero lo vi todo. Vi cuando mi tía, acompañada de una ama de llaves, tocó la puerta de esa

habitación. Lo hizo varias veces hasta que la mujer abrió. Mi tía se quedó hablando con aquella mujer un tiempo que me pareció eterno. Y luego regresó. Me contó lo que pudo y lo que yo podía entender. Me dijo que hay personas que buscan paz y serenidad cuando algo en sus vidas se les derrumba, y por más extraño que nos parezca, cada quien encuentra las formas. Y ella, esa señora misteriosa, cuando le entraba la tristeza gris, sí, la gris, así lo dijo, se apaciguaba, y así podía de nuevo retomar su vida.

Curioso que a través de los colores y una extraña huésped del lugar vecino pudiéramos por fin, mi tía y yo, entendernos. A pesar del mundo enorme que nos separaba, me pareció más próxima, más humana. Le mostré por la ventana lo que para mí representaba la sabiduría de aquella mujer al decidir meterse ahí: el color azul del hotel.

Fecha de recepción: 04/05/22
Fecha de aceptación: 07/07/22

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202257433-435